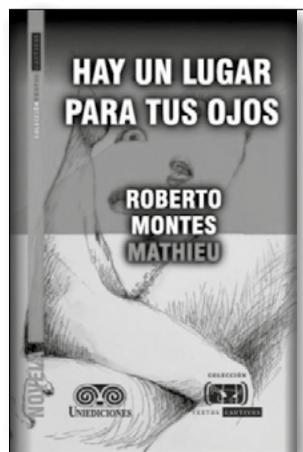


Roberto Montes Mathieu

Hay un lugar para tus ojos

Hay un lugar para tus ojos
Roberto Montes Mathieu
Uniediciones
Bogotá, 2019



Tomado de <https://rb.gy/csx5mt>.

Hay un lugar para tus ojos es una novela que nos llega con el aliento, los latidos, los olores y colores, los problemas y dilemas de unos personajes que vienen de un pasado reciente, pero que, como siempre, encarnan los dramas eternos del ser humano.

Es una obra con un ritmo novedoso dentro de la novela del Caribe colombiano. Gran parte de sus capítulos están impregnados de una melódica construcción; se procura en ellos la existencia de ciertos compases narrativos. Hay un diapasón verbal que permite la cinceladura de las frases y de las oraciones para que cobren un ingrediente armónico, agradable de leer, que permea de gracia y de resonancias los sintagmas diversos.

En esta novela de Roberto Montes Mathieu, encontramos algunos temas centrales:

1. La resiliencia erótica
2. La fugacidad del amor
3. La muestra de una sociedad en la que la mujer empieza a luchar por cierta independencia económica y sexual
4. Ciertas manifestaciones del machismo que se disfraza de virilidad
5. La Cartagena de los años sesenta y setenta

En esta novela, de pocos personajes, Roberto Montes Mathieu se vale de capítulos

cortos, ágiles, como saetas impregnadas de sentimiento y emoción.

La trama es aparentemente sencilla, sin grandes dramas, sin grandes complicaciones, sin (aparentemente) grandes complejidades psicológicas, sociales o políticas. Así el autor nos demuestra que no son necesarios sangrientos y épicos acontecimientos para construir una obra narrativa importante, válida, que hurga en la arqueología del ser humano y se instala en esa urdimbre a veces poética, a veces cruel, de la cotidianidad o del vasto discurrir vital.

Un ingrediente adicional es que la narradora es una mujer que, desde su subjetividad, nos descubre los velos tras los cuales aparecen los actantes y las circunstancias que forman el barro con el cual se forjan: el ser narrativo, las tensiones y los sucesos. La presencia de la segunda persona, que a veces se transforma en primera y que da saltitos a la tercera, es un elemento que facilita los acordes en la construcción discursiva.

Como en Haruki Murakami, como en Cortázar o Carpentier, Montes Mathieu nos acostumbra también a que en el trasfondo de sus novelas hay canciones que modelan el comportamiento de los personajes como “La llave”, “Tú me acostumbraste”, “Hola soledad” o “Me quito el nombre”. Otro constituyente de su prosa es

la aparición del tono jocoso en varios momentos de la narración.

En estas notas, me centraré en dos aspectos manifiestos en la obra: la *resiliencia erótica* y la *fugacidad del amor*. La resiliencia erótica como hilo para tejer la historia es apreciable en toda la novela: esa capacidad para tomar por los cuernos la adversidad, para domeñarla, para poder llevar al desagüe el estrés, las amenazas, los traumas, las tragedias, las penas. La resiliencia como “capacidad de triunfar, para vivir y desarrollarse positivamente, de manera socialmente aceptable, a pesar de la fatiga o de la adversidad que suelen implicar riesgo grave de desenlace negativo”, según la define Bronfenbrenner. La resiliencia como capacidad para que las personas puedan sobrepasar las adversidades y transformarse en seres saludables, propone Menvielle.

La protagonista de *Hay un lugar para tus ojos* es una mujer resiliente. Sabe cómo irse desprendiendo de la pus emocional que una mala relación ha dejado en su vida; se desprende de las costras en la que se transparentan frustraciones, atropellos, desprecios, agresiones y penas; se sacude las humillaciones, los días de dolor y pena, las noches colmadas de desconsuelo y soledad. No deja que el vendaval de la tristeza la abata. Cuando va rumbo al abismo existencial, sabe recomponer su actitud, hace el duelo y se inventa alas para resurgir. Claro que esto lo logra, en parte, gracias a esa ilusión amorosa que pobló sus primeros años juveniles, al escritor y conferencista del que se enamoró años atrás; el que, según ella, la hizo sentir mujer por primera vez.

La protagonista, quizás sin saberlo, aplica uno de los siete pilares de la resiliencia nombrado por Wolin, el de la *interrelación*, que posibilita la creación de relaciones fuertes e íntimas con otras personas, con esas que se sabe tienen en su corazón y en sus manos un bálsamo para curar las llagas,

para encender hogueras que irradian la luz de nuevos amaneceres. Aplica también la autonomía que es el componente de la resiliencia que facilita que la persona sufriente fije unos límites para mantener lejos física y emocionalmente los problemas y personas que lo acosan, torturan o limitan.

A esos pilares le suma el de la *iniciativa*, que es la fuerza de que se viste para romper el caos, para ponerse retos que le permitan salir de la trampa, de la cárcel física y emocional. Se impone nuevas metas que la salven, que laven su dolor y su agonia, que la saquen de la sima pútrida en la que ha caído por obra y gracia de un mal amante, en todo el sentido de la palabra.

Pareciera que deseara materializar la sentencia del gran escritor Viktor Frankl, neuropsiquiatra y fundador de la logoterapia, quien perdiera a su esposa y a una parte de su familia en los campos de concentración nazis, de los que él mismo fue víctima: “El hombre que se levanta es aún más fuerte que el que no ha caído”. Frankl explicaba que una experiencia traumática siempre es negativa, pero que está en la voluntad y en la reciedumbre de la persona el sobreponerse, el levantarse de las cenizas como el ave fénix.

La protagonista de la novela de Montes Mathieu no entierra la cabeza como el avestruz, no se deja morir en un universo de lamentaciones: mira hacia el horizonte, sabe que hay un oasis que la espera, sabe que puede construir su pequeño paraíso. Quiere disfrutar de la sensualidad, quiere saberse amada; quiere que su sexo sea penetrado con dulce lascivia, con delirante pasión; quiere hervir en las aguas del éxtasis amoroso; quiere dejar de ser esa “cosa” a la que se posee mecánicamente y torpemente y solo gracias a que el amante se ha auxiliado con medicamentos que le permitirán una erección para salir del paso, para salvar las apariencias. Ella desea sentirse deseada,

sentirse valorada como sujeto lúbrico, pero también como ser sintiente que ansía beber la poesía del amor y de la cópula.

El ave fénix, para construir su nido, busca las materias más ricas de la tierra, las que mezclan delicadeza y fortaleza, las que son suavidad y vigor, las que tienen textura de armiño y de metal. Ella, la narradora de la novela, igualmente, va tejiendo su nuevo hábitat; pone las bases para transpirar libertad, para aspirar a otros escenarios donde la miel del gozo erótico la llene, la eleve, la haga otra persona, una que puede transitar por los senderos de la dicha, del deleite material, de la armonía espiritual.

Gracias a la resiliencia erótica, la narradora logra una autoimagen renovada, deja de culpase de las cosas malas que le han sucedido, vibra de optimismo, desarrolla nuevas estrategias y caminos para enfrentar los retos, siente que lleva una vida más satisfactoria, que linda con el equilibrio y la paz integral. Consigue, como lo diría Macarena Valdés, “emerger de una experiencia aplastante con cicatrices, pero fortalecida”, gracias a la resiliencia, que hace parte de la llamada zona luminosa del ser humano, que es la que lo conduce a descubrir sus fortalezas y desarrollar sus potencialidades.

Cuando esta mujer logra la resiliencia erótica, su cuerpo resplandece, la música deleitosa del deseo satisfecho baña cada milímetro de su cuerpo, cada uno de sus poros. Vibran gustosos sus senos, su vulva, sus muslos, sus labios, sus piernas, sus manos.

La penetración sexual no es ya una tortura ni un acto de sometimiento, sino una práctica saludable, gratificante, que la eleva a insospechadas dimensiones de sublimidad. Al saberse dulcemente amada, se lubrica con ternura su mente y deviene en ser satisfecho, leve, circundado por sonos y texturas de hermosas connotaciones orgánicas y espirituales.

En cuanto a la transitoriedad del amor, podríamos comenzar afirmando que este irrumpe como algo que trastorna el mundo individual, que lo saca del equilibrio y de la armonía en que se hallaba y que lo proyecta a una situación en la que lo amado se convierte en lo fundamental, en lo primario; y así llega el olvido para otras cosas y situaciones que antes acaparaban el tiempo y el pensamiento del amante. Lo amado se instituye como lo nuclear: la vida gira en torno a él.

Pero esta situación no es eterna. Esa atención que ha perdido su diversidad para centrarse en un solo objeto (lo que se ama), se recompone, y el amor entra en crisis, va camino de fenecer. A este estado de la situación se llega. En su texto *Del amor*, publicado en 1882, Stendhal hace apreciaciones muy claras al respecto; tanto, que divide al amor en varios momentos: unos de deslumbramiento, exultación y gloria; otros, de crisis que pueden, sin embargo, conllevar la cristalización, que tampoco es prenda de garantía para quien al amor se eternice. El amor puede ser pasto de la nada, puede volatilizarse. Solo es salvado por una segunda cristalización; pero luego de esta, cualquier crisis podrá desvertebrarlo, y, aunque no lo logre, se habrá perdido ya mucho del brillo inicial, mucho del arrobamiento. No volverá a tener el mismo porcentaje de atención, será un amor-no amor.

En *Hay un lugar para tus ojos*, la fugacidad del amor, la muerte del amor y el final del amor son una constante. El escritor ama a la narradora; con ella disfruta de los néctares iniciales. La relación crece hasta el punto de que inician juegos eróticos de alguna profundidad. Parece que serán una pareja tributante de Eros. Pero no es así. Luego el escritor no es capaz de comprenderla, cuando ella le dice que no puede fugarse con él, que decide marcharse sin ella y

que, al poco tiempo, navega en otros brazos, nada en el mar del matrimonio con otra.

Por su parte, la narradora, durante un tiempo prudencial, sigue obnubilada con el recuerdo del ausente; añora sus caricias, su forma de afrontar el mundo, su talante divertido e irreverente y la forma en que le prodigaba íntimas caricias. Pero después inaugura una nueva relación con un profesor universitario que la ha cortejado desde hace mucho y al cual no prestaba atención por estar liada con el escritor.

Ella cree que con este individuo conseguirá la ansiada y quimérica felicidad hogareña, cree que con él podrá ser la esposa amante y amada; pero el tipo es un mal amante, mal compañero, un dipsómano que al comienzo disimula su personalidad anómala y miserable, y que luego la convierte en una cosa a la que accede carnalmente cuando quiere, sin ternura y sin real pasión. De esta manera, se desquita con ella de una disfunción eréctil que solo ciertas inyecciones palian un poco, porque en ese momento aún no se ha inventado el viagra.

Podemos notar que la transitoriedad del amor tiene aquí mayor presencia. Ella termina por emanciparse del fulano del que, sin embargo, ha quedado embarazada. Tras el parto de la niña, fruto de su relación con el profesor, ella consigue mejoras en su vida material, al graduarse como abogada y obtener la ayuda de una hermana en la crianza de la hija. Pasa el tiempo y ella aún piensa en aquel primer amor, en el escritor que la impactó tan hondamente en sus sentimientos. Posibilita que él llegue nuevamente a su vida, y degusta la magia de

cópulas que la rehabilitan sexualmente, que la hacen gritar de delectación.

Descubre que no estaba muerta para las fruiciones de la carne. Por fin se embelusa con el sexo, se desinhibe, acepta que la sexualidad es componente crucial de la vida de cualquier persona. Ella y su amado hacen el amor de todas las formas y en todos los sitios de los hoteles o residencias a los que van. Viajan a las ciudades donde ella da conferencias, después de las cuales no les alcanza el tiempo para experimentar tantas vitales sensaciones.

Encuentra en la voluptuosidad la diosa que demarca sus días. Pero se siente feliz. Nunca se había sentido tan feliz. Mas llega el momento de la encrucijada, es decir, el del acabamiento del amor.

Él se va de su vida y ella, dentro del proceso de resiliencia que se impuso, consigue un tercer amor con el que reivindicarse, con el que poder mostrarse socialmente como una mujer exitosa y feliz. A pesar de todo, algunas veces recuerda a aquel escritor que, en los momentos de la emoción, la pasión y la esperanza, supo hacerla sentir viva, plena, contenta de existir, tanto que, sin saberlo, le dejó en el vientre el regalo con el que ella siempre recordaría sus ojos.

Hay un lugar para tus ojos es un aporte más del incansable investigador, difusor literario, poeta y narrador Roberto Montes Mathieu a la literatura del Caribe y de Colombia, que pone una nota de frescura y de indudable gracia en el discurso novelesco.

IGNACIO VERBEL VERGARA

Profesor de literatura, narrador, poeta y ensayista

Leonel Plazas Mendieta

El olor del polvo

El olor del polvo
Leonel Plazas Mendieta
Caza de Libros
Bogotá, 2019



Foto tomada de <https://bit.ly/2QP6E6I>

El olor del polvo de Leonel Plazas Mendieta conmueve por su fuerza narrativa y, más aún, porque esa fuerza viene de un personaje infantil, que siente, sobre su cuerpo y su vida —que apenas crecen—, el desgarrar permanente de una sociedad que no sabe que está enferma.

La narrativa y la poesía en *El olor del polvo* tienen la virtud de dibujar la truculencia sin la truculencia. El suceso cruel no es cruel porque sí. El dramatismo se destila, se suaviza en esta obra, tal como nos lo enseñaron Hernando Téllez en “Espumas y nada más” y García Márquez en “Un día de estos”, porque, en la historia escrita por Plazas Mendieta, se proponen hechos que se tensan dentro de una estética y un análisis que está por fuera de los cadáveres expuestos.

En *El olor del polvo*, el lector entiende que es un niño quien mira y habla sobre lo que sucede y lo que sucede en su cabeza son todos los vacíos que manejan los adultos, que ya se descompusieron en una tradición de crimen que surge desde todas las formas del poder.

La novedad literaria de *El olor del polvo* construida por Plazas Mendieta está en

colocar a los adultos como directos causantes de la tragedia; en este caso, de adultos sencillos, que trabajan en una panadería perdida en un lejano lugar de una geografía sin futuro, que preparan lechona sacrificada a hachazos, para que, como consecuencia, ese niño se convierta en la esponja que recibe la densidad oscura de la cultura.

En este libro, Leonel Plazas Mendieta rompe con la convicción de Occidente de tildar a los niños como los culpables de todos los males y perversiones, niños que son capaces de matar al padre y casarse con la madre.

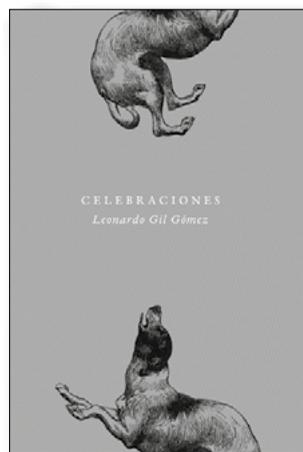
El olor del polvo se escribió con la madurez de un decir que fluye con la certeza de la naturalidad, con la voz pequeña de quien no tiene criterio formado, porque es propio del crecer y del experimentar. El niño es solo un observador e imitador que, al final, con la vida, podrá reflexionar sobre lo que ha recibido. El castigo de la infancia es un dolor invisible que llegará más allá de la historia de *El principito*, quien podrá expresar lo que otros niños reales, por fuera de lo novelado, en su condición de sometidos, no podrán hacer.

ÁLVARO MIRANDA

Leonardo Gil Gómez

Celebraciones

Celebraciones
Leonardo Gil Gómez
Corporación Himpar Editores
Bogotá, 2018



Tomado de <https://bit.ly/33Pp2sl>.

Sí, bonita, honesta, limpia. ¡Ese narrador! ¡Qué tono el de Andrés! ¡Qué manera de irse conociendo a sí mismo! Mara“b”illosa esa multiplicidad de historias dentro del relato y esos cuestionamientos éticos en las instituciones: el periodismo, la Iglesia, la Fiscalía, la familia. Qué triste que no pueda descansar Andrés en ese más allá donde se ubica la muerte. Entonces, uno reitera, uno vuelve a ser consciente del origen del alma en pena, ese que nos hace olvidar el sistema —y que uno finalmente no sabe ni puede dibujar, ni aclarar qué o quién es el sistema o el alma en pena—; en todo caso, nos lo hace olvidar.

Por eso, es necesario que la novela, al final, al comienzo y en todo momento de la lectura, nos haga recordar la muerte, el origen de las muertes, el vaivén por donde se mueve el alma (que es lo que más o menos, conocemos, puede ser la muerte) y la necesidad de encontrar un lugar para que se transforme o para que descanse. Es necesario volver a evidenciar y a reiterar que hay una memoria colombiana, que es mucho lo que se ha perdido y lo que ya no todos nombran ni preguntan y lo que se olvida: desapariciones, soledad, fusilamientos, mutilaciones, fosas, represión, política, tramitomanía, persecuciones ideológicas.

Y qué celebraciones va tejiendo minuciosamente esa memoria en el lector: no ol-

vidarse de lo que somos, de dónde venimos, de lo que nos ha costado la tierra, la formación de las ideas y el deber de soñar y de insistir en la defensa de uno y sus derechos. Además, seguir defendiendo el derecho a cuestionarnos sobre la soledad, las luchas que cada individuo enfrenta, las ideas políticas en las que cada uno cree, las creencias divinas, el origen del alma y sus inquietudes, y que eso de preguntarse vainas no sea una sentencia de muerte.

¿Por qué no descansa el alma? La ausencia de tranquilidad del alma en la novela, en ese viaje, al cielo o al infierno o a esos múltiples destinos que puede dar la muerte, vuelven a activar en el lector la memoria colectiva sobre el paramilitarismo, de la terrible historia colombiana, de la que no quisiera que se hablara en un sector de la sociedad ni se denominara. La desaparición forzada desestabiliza más la vida de quienes quedan. Y, a su vez, no deja al otro lado —en este caso a Andrés— seguir experimentando la postmuerte y sus otros destinos de reencarnaciones posibles en animales y plantas, en fenómenos naturales como un géiser o el sol de los venados.

Seguramente a donde se dirija el alma de Andrés tendrá una mejor llegada, si sabe en dónde quedó su cuerpo en esta vida. ¿Y la familia? No tiene la ubicación de dónde

reposan los huesos. Ese no saberlo destruye la existencia. Otra clase de muerte, una nueva muerte.

En la novela se siente esa impotencia de la incomunicación de la muerte con la vida y uno como lector quisiera que se encontraran para dialogar. Es la misma impotencia que experimentan los vivos en Colombia cuando no se les da una respuesta sobre sus muertos en la Fiscalía, Medicina Legal o entes noticiosos.

El alma vaga y se llena del desasosiego de la muerte, seguramente porque ella misma —el alma asesinada— no sabe dónde reposa su cuerpo, ni su familia lo sabe, entonces eso la pone inquieta, la agrieta, la hiere, la pone en diálogo constante con las acciones de los vivos para que hagan algo por esa incertidumbre. No saber el destino, no ubicar los territorios oscuros donde reposa la muerte, quizás es de las miserias de morir. También, que la familia de uno no sepa dónde está el cementerio para ir a llorar por uno, a acordarse de uno, a reprocharle a uno, a armar plan un domingo para poner flores y limpiar la lápida hasta reírse de uno.

Andrés está lleno de muerte, Alicia (su madre) y Guillermo (su hermano) están llenos de muerte. Somos una sociedad en pena, un Pedro Páramo. A todos nos ha tocado la muerte —un vecino, un amigo, un familiar— y recae un silencio que ya no se reprocha por la desaparición de la juventud a bala; pareciera una normalidad en la cotidianidad que nos impide gritar, reprochar, denunciar la masacre sobre los campos; una normalidad que nos impide alzar la voz y marchar por los desaparecidos como falsos positivos. Todos estamos muertos un poquito.

Celebraciones lleva a recordar a la *Amortajada* de Bombai y a *Aura* de Fuentes, esas imágenes poéticas en los relatos,

esa intimidad con el narrador. Me gusta esa sensación que queda en uno, ese sabor de esas lecturas, pues hay un límite en ese tono entre lo narrativo y lo poético y esa mezcla que allí se teje para contar una historia.

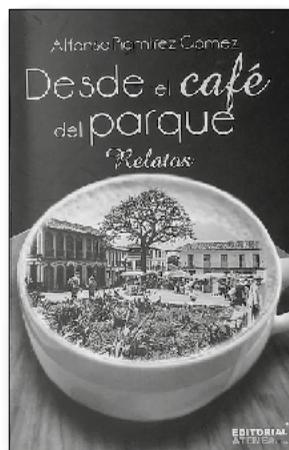
Queda un sabor al final de la lectura de *Celebraciones*, el mismo que queda cuando uno come algo y al terminarlo se dice a uno mismo: “estuvo muy rico, ¿no habrá más?”. Esos pequeños placeres, esos grandes sabores, pequeños triunfos que aparecen: los hallazgos de la búsqueda del hermano, la mamá viva, el hospedaje que ofrece un desconocido —alguien no tan muerto y que confía en los desconocidos—. Hay presencia de la vida —el deseo, la pulsión, el morbo— que le hace recordar a Guillermo y al lector que, en cambio, él está vivo y, a pesar de todo, de las trabas que pone el sistema, hay un tiempo para tocarse el cuerpo vivo y seducirse uno mismo con la imaginación, ser consiente del deseo por la vida. Una celebración, la vida es una celebración.

El triunfo de pequeñas y grandes victorias llena el alma de esperanza para seguir alcanzando pequeñas victorias sobre ese sistema que se vuelve tan indescifrable. *Celebraciones* es el festejo a la perseverancia, a la terquedad de las acciones. Es la reivindicación del ser humano, de volver a mirar esa humanidad borrada, desquebrajada, para sentir un halo de aliento y soñar que aparecen muchos Guillemos y nos muestran lo bonito de la defensa de la dignidad y nos vuelcan la mirada hacia las resistencias y las revoluciones mínimas, esas fiestas que son las celebraciones de uno y que uno festeja a rabiar.

JOHN JAIRO LEÓN MUÑOZ
Docente, Universidad Santiago de Cali

Alfonso Ramírez Gómez *Desde el café del parque*

Desde el café del parque
Alfonso Ramírez Gómez
Editorial Atenea
Bogotá, 2019



Tomado de <https://bit.ly/3aqrmyG>.

El escritor Alfonso Ramírez Gómez presentó, en su natal Pensilvania y luego en la Feria del Libro en Bogotá del 2019, su libro de relatos *Desde el café del parque*. Si bien es cierto que, como afirman el prologuista y el autor, la expresión *café del parque* hace referencia a un sitio común para la mayoría —por no decir a todas las poblaciones de Colombia—, no es menos cierto que, para el lector pensilvense, dependiendo de su edad, el café del parque puede ser Mi Ranchito, el Bar Italia, el Andaluz o uno de los bares que funcionan en el marco de la plaza desde las últimas décadas. Algo similar acontece con los temas de los relatos.

Pese a la advertencia del autor de que los sucesos pueden tener ocurrencia en cualquier pueblo, para el lector oriundo de Pensilvania es prácticamente imposible desligar muchas de esas historias del contexto local; en unos casos porque aluden a hechos recientes, y en otros por la conmoción que provocaron en su momento y las consecuencias que derivaron de ellas. Sin duda, una de las riquezas que tienen estos relatos proviene de su fuente primaria, que es la *tradición oral*. Se trata de narraciones que se transmiten de una generación a otra, proceso en el que sufren diversas transformaciones como la creación o eliminación de acciones, personajes o escenarios, aten-

diendo a las circunstancias en las que se cuentan.

Estas narraciones, una vez que han pasado por el tamiz de la creación literaria, difícilmente permiten distinguir entre el acontecimiento y la ficción. El lector se ve, entonces, abocado a debatirse entre las distintas versiones que ha escuchado, a compararlas y —en ocasiones— a construir su propia versión. Así, el relato se convierte en fuente de investigación y conocimiento acerca de las costumbres, los valores y las relaciones de los seres humanos entre sí y con su entorno en un contexto específico. En síntesis, son literatura histórica porque dan cuenta de las pasiones humanas, la violencia social y política, los conflictos familiares, los amores y desamores, los anhelos y esperanzas individuales y colectivos, la ignorancia e ingenuidad de unos y la sagacidad de otros, el aprovechamiento del poder para beneficio propio y, en fin, el sentido del humor y la capacidad de reírse de su situación, demostrada por los protagonistas de algunos de los relatos.

Con *Desde el café del parque*, Alfonso Ramírez ha tocado temas que afectan la sensibilidad de algunos paisanos, lo que, en palabras de Fernando Alonso Ramírez, autor del prólogo, “no es nada sencillo” en “estas sociedades pequeñas, pacatas la mayoría de

las veces y, para colmo, cerradas”. A su favor juega el haber recurrido a la ficción, poniendo al lector frente a la disyuntiva de definir si sus recuerdos son recuerdos o si, como afirma el escritor salvadoreño Horacio Castellanos, son cosas que le metieron en la cabeza de tanto repetírselas desde que era pequeño.

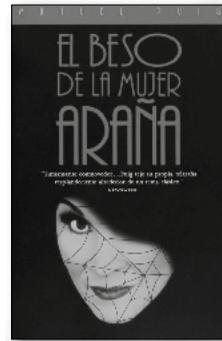
Desde el café del parque es un aporte a la memoria y la memoria, ha dicho también

Castellanos, “lo que te da es un sentido de pertenencia”. Es decir, te lleva a unos escenarios y te sitúa frente a unos personajes con los que, de algún modo, compartes tu ser y tu forma de ver el mundo. Este es el logro de Alfonso con sus relatos *Desde el café del parque*.

SILVIO ARISTIZÁBAL GIRALDO

Manuel Puig *El beso de la mujer araña*

El beso de la mujer araña
Penguin Random House
Grupo Editorial S. A. S.
Bogotá, 2017



Tomado de <https://bit.ly/2Jk8yzt>.

Con *El beso de la mujer araña* (1976), Manuel Puig se enfrenta a relatar la historia de aquellos, que el exterior, las autoridades, los ganadores, no quieren contar; en cierto sentido, se enfrenta a relatarse. En esta historia que Puig termina de escribir durante su exilio en México, luego de ser censurado por el Gobierno y amenazado de muerte por su novela *The Buenos Aires affair* (1973), la marginalidad de aquellos que se salen de las configuraciones sociales, políticas y éticas de la dictadura militar argentina se hace expresa en una matrioshka de argumentos. Esta narra la vida de dos seres divergentes a quienes la represión de sus identidades termina uniendo en el encierro, en el sueño por la libertad.

En esta novela, la polifonía de la realidad, particular de la obra de Puig, llega a su máxima expresión con la eliminación del narrador convencional; el diálogo y la

aparición de textos expositivos al pie, sin una voz que enjuicie a sus personajes, son los únicos medios con que se relata esta historia. En una realidad sin dios que la proteja o la condene, sin un dios que la narre, Arregui, un preso político cuya vida se ve determinada por sus ideales, y Molina, enjuiciado por la expresión de sus deseos, terminan encontrando esa identidad reprimida socialmente en su relación con el otro.

Aunque la relación homosexual entre estos presos es el hilo que conduce su historia en el encierro, no es la que los define. La fantasía de un futuro mejor para ese país que cada uno vive, la ficción de las películas clásicas, que revela la experiencia y amor del autor por el cine, y sus sueños, se presentan como principales constructores de identidad y único escape ante el miedo a la violencia de la represión. Estas fantasías son, a fin de cuentas, el único refugio que

encuentran, que se vuelve más reconfortante cuanto más profundo se escarba en él.

Dentro de una realidad hostil y fragmentaria, dada en la intimidad de una celda, Puig libera a sus personajes, al permitirles narrarse en la intimidad de sus palabras, con lo que revelan su carácter en lo que esconden y exteriorizan de sí mismos. Al mismo tiempo, expone a la luz la realidad ignorada de aquellos que no tienen voz ni poder ante los juicios de una sociedad.

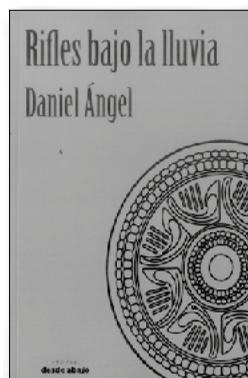
En su encierro, Valentín y Molina parecen fundirse fuera del espacio y del tiempo; logran, incluso, liberarse de las responsabilidades de sus vidas en “libertad” hasta renacer en el otro. Sin embargo, el exterior los acecha en todo momento, siendo la más grande prisión que los aguarda y de la cual no podrán liberarse sino a través del sueño o la muerte.

DANIELA MAHECHA DÍAZ

Daniel Ángel

Rifles bajo la lluvia, una novela que cuestionará la Colombia de ayer y de hoy

Rifles bajo la lluvia
Difundir Ltda.
Bogotá, 2016



Tomado de <https://bit.ly/3dAs08v>.

Daniel Ángel, escritor colombiano, nos comparte *Rifles bajo la lluvia*, novela que recorre las calles de Bogotá transgrediendo la desmemoria. Esa que diariamente acaricia el dulce sabor metálico que empuña un arma contra su propio hermano: “bajé la mirada y sacudí el cigarrillo para hacer caer la ceniza y cuando por fin esta se desprendió y tocó el suelo, una gota de agua cayó a su lado. Ahí supe que Pablo había muerto”.

Aquí inicia una novela intensa que está dispuesta a abofetear tanto a la realidad como a la ficción. Daniel tropezará con un texto inédito, con la huella personal que deambula buscando, buscándose, y con la historia que se retuerce en el presente como lombriz de agua puerca. Misma que exhibe el bucle recurrente que intenta desentrañar una explicación total de Colombia, como

lo afirma el autor, dando vuelta en un ciclo recurrente de guerras intestinas e ideologizadas de ayer y hoy. Daniel guarda luto a su mejor amigo, hurgando en el testimonio que escondía de un soldado liberal que narra la Guerra de los mil días a inicios de 1900, años en que liberales y conservadores intentan equilibrar la desigualdad a punta de fuego, y en aquellos años en que los escritores se forjaban después de sobrevivir a las trincheras. Este soldado dirigido por el General Rafael Uribe Uribe aprenderá que apuntar la mirilla de un fusil será dar un tiro al espejo. Lo mismo hará de la palabra de este soldado, jurada entre la muerte, que se convertirá en el viento para que el presente organice el desembarco de destinos siniestros a los que estamos encadenados aquí y ahora. Daniel muestra las dudas y correcciones que tiene

que resolver un escritor para dar con el relato. Nunca estaremos listos para la historia que contaremos. Y esta será la tensión que nos arrastrará hasta el final.

La Bogotá de todas las estaciones en un solo día es recorrida por Daniel, resolviendo el acertijo de esta novela que se tenía que escribir, a pesar de él y de quien se interpusiera con la memoria. Seguramente, si Daniel no encontraba cómo acertar en el blanco, sería asesinado por la bala perdida de quien dispara al aire. Pero no es así y, al aflorar con ventura de este laberinto, será reto del lector emerger en el presente cuestionando su olvido.

Esta Bogotá contemporánea departe con un sancocho al almuerzo sobre la carrera 25 con 53 de la misma forma que lo hacía un soldado herido, refugiándose a las orillas de un pueblo abandonado, y con la esperanza de encontrar entre los que aún respiran algo de humanidad, esa que perdimos hace tanto tiempo. Esto es lo que seducirá al lector para avanzar en la lectura. Es la misma ciudad en la que se arremolina en el pecho cuando se quiere definir guerra. Guerra me escupió, guerra me clavó un cuchillo, guerra me degolló e hizo la corbata con mis entrañas, guerra la empalaron, guerra le tiraron ácido a la cara, guerra aquí se venden personas, guerra te vendiste por unos millones, guerra de balas que ahora cercenan testículos de líderes desmovilizados y que se disparan solas, guerra tan guerra.

Esta costosa y complicada definición de la guerra en Colombia que se inventó ahí, entre el Meta, el Caquetá y Barranquermeja, esa que se disputa en Santander y que se reinventa en el Pacífico negro, esa mágica guerra de Márquez en el Caribe *all inclusive*, es una guerra que se cocina como se cocina una langosta viva en agua hirviendo, sin saberse en el jacuzzi de la muerte. Ese baño público al que todos asisten con sus cóleras y sus disenterías ideológicas y

del que algunos salen desollados y otros sobreviven sosteniendo la mirada a la masacre, mientras la lluvia se posa sobre el llano de aquella guerra.

Daniel Ángel ataca de frente y con atino a varios debates literarios que no pretende resolver, sino que se posiciona frente a ellos. Desde aquí hablo, siento, pienso y escribo sin miedo a que se me catalogue.

Al día siguiente desperté a las seis de la mañana. Preparé café y fumé un cigarrillo de pie frente a la ventana de la sala. Había dejado de llover, pero la ciudad tenía ese aspecto que adquieren los lugares luego de que ocurre en ellos una catástrofe.

No oculta esa relación incestuosa entre realidad y ficción. Por el contrario, la voyeriza a detalle para salirse de la ociosa necesidad de la verdad. Crea aquello que el pacto periodístico llama autoridad, en el cual el presente fluye hacia la ficción sin ninguna frontera. Daniel juega con el morbo de los historiadores que darían todo por una fuente directa como el manuscrito con el que trabaja nuestro narrador.

Si bien *Rifles sobre el asfalto* nos detalla un punto de vista de la Guerra de los Mil Días a inicios de siglo, logra una metonimia que nos invita al extrañamiento en el reflejo de un río que desconoce tanto al mismo soldado como al mismo lector. Explora el presente que asesinó a su mejor amigo, Pablo, a través de la extensión del relato de la muerte en toda Colombia a lo largo de su historia.

El narrador descubre la periferia en condiciones de miseria y violencia estructural, abriendo ese territorio bajo la premisa del encuentro con la memoria y entrando al relato desde la autoficción, y no al revés, como pretende la novela histórica.

Daniel Ángel tiene las agallas de escribir la perpetua condición de esta guerra que se inventó en Colombia: aquella de que

los padres son los que entierran a los hijos. Una inversión del tiempo que contrae las esperanzas de generaciones enteras a lo largo del conflicto armado. Una generación de escritores que sortean con letras algo real y tétrico como la ficción. La muerte a la vuelta de la esquina.

Daniel Ángel, nos comparte *Rifles bajo la lluvia*, una novela que se leerá siempre que se quiera imaginar puentes hacia otras

Colombias. Una novela que refleja el doloroso retrato personal de cada colombiano, al explicarse en voz alta cómo se convirtieron las calles en una ficción difícil de aceptar. Es un extrañamiento, un cuestionamiento de la verdad absoluta que impide imaginar otras posibilidades. Una novela que nos introduce al efecto crítico de la historia.

AIRY SINDIK